

A woman in traditional Basque dress, including a red headscarf and a light blue long-sleeved blouse with a red skirt, is seated on a wooden chair, spinning wool on a traditional wooden spinning wheel. The room is rustic, with a dark wooden ceiling and walls. Several ears of corn are hanging from the ceiling in the upper left corner. The lighting is warm and focused on the woman and her work.

astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO URTEKARIA

19.zk 2025 • 7€



SAN BARTOLOMÉ DE MIOTA

Una ermita relevante

 Jesús Muñiz Petralanda |  Txelu Angoitia

La villa de Elorrio conserva un patrimonio histórico-artístico excepcional, probablemente el más destacado del territorio de Bizkaia, y uno de los más sobresalientes de Euskadi. Su importancia se ha vinculado tradicionalmente al extraordinario conjunto de palacios y a la monumentalidad y riqueza del mobiliario de la Basílica de la Inmaculada Concepción, argumentos a los que podemos sumar los aportados por el convento de Santa Ana, el Museo de Valentín de Berriotxo o el sobresaliente conjunto de nueve cruceros del siglo XVI.

Pero al realizar una valoración general de ese patrimonio en modo alguno deberíamos menospreciar la significativa contribución al mismo que supone la interesante serie de ermitas de su entorno rural, tanto por su abultado número (pues aún existen veintiuna ermitas, lo que supone el mayor número de este tipo de construcciones de todos los municipios vizcaínos), así como por las notables características que ofrecen algunas de ellas.

De entrada, deberíamos considerar la antigüedad de su origen. Diversas excavaciones arqueológicas han permitido situarlo en varios casos en la Alta Edad Media, revelando que son ellas, precisamente, las más remotas construcciones de carácter religioso, previas por consiguiente a la construcción de parroquias y conventos, que, generalmente, suelen acaparar un mayor protagonismo cuando se considera el patrimonio de nuestras entidades locales. Las propias ermitas, impulsadas por asociaciones de vecinos o cofradías de cada barrio, nos hablan de un modo de organización social que ya casi está en desuso, pero que en muchas ocasiones representó un modo de organizar y articular el territorio anterior a la erección de las iglesias parroquiales, constituyendo, de hecho, su precedente más inmediato.





En el propio entorno de Elorrio contamos con siete ermitas que, con toda probabilidad, funcionaron en su día a modo de pequeñas parroquias de ámbito muy local, ya que su jurisdicción se limitaba al espacio de las barriadas de Argiñeta, Berrio, Berriozabal, Gazeta, Memaia -en dos localizaciones diferentes- y Miota. En ellas se administraban los sacramentos a los vecinos de los caseríos más cercanos y en su entorno se les daba sepultura, antes de que hacia el inicio del segundo milenio tuviera lugar la reorganización del territorio en base a una red de iglesias parroquiales, que asumieron la misma función a nivel municipal (mejor dicho, de anteiglesias), de manera que a partir de entonces perdieron esa capacidad y con ella, parte de su trascendencia.

Sin duda la más conocida de todas ellas es la dedicada a San Adrián, situada en el barrio de Argiñeta,

pues ante ella se pueden contemplar cinco estelas y una veintena de sepulcros, agrupación que suele atribuirse a un sacerdote local del siglo XIX, José Domingo Retolaza, aunque Iturriza ya mencionaba un número similar un siglo antes.

Pero las manifestaciones funerarias de Elorrio no se reducen al conjunto de Argiñeta. Varios enterramientos de diversas tipologías (sepulturas simples o conformadas por lajas, sepulcros vaciados en piezas monolíticas, con o sin cubierta) se encuentran aún dispersos por los barrios mencionados o al menos hay memoria de su existencia. En Berriozabal y Memaia, incluso conservamos sendas inscripciones, como en dos de los sepulcros de Argiñeta, una de las cuales, fechada en el año 883, es el más antiguo epígrafe cristiano de Bizkaia.



📷 Aguabenditera con remate cupuliforme junto a la puerta de la ermita.



 Sepulcro monolítico junto a la ermita.

LA ERMITA DE SAN BARTOLOMÉ DE MIOTA, localizada en la falda del monte Santamañazar, aunque es menos popular que la de Argiñeta, es una de éstas que aún tiene enterramientos a su alrededor, pues conserva cuatro sepulcros mono-

líticos vaciados en arenisca y dos cubiertas. Además, durante la restauración de 1999 se descubrió parte de una estela discoidea similar en su tipología a las del Castro de Berreaga (Mungia) que hoy sirve de base a la mesa del altar.

Precisamente en aquella misma intervención se halló asimismo el antiguo pie de altar, un sillar prismático que aún conserva un pequeño hueco vaciado en su cara superior para acoger una lipsanoteca o pequeña caja para preservar las reliquias con las que se hacía posible la consagración de la mesa del sacrificio. Pese a su simplicidad, se trata de una pieza de gran interés, pues pertenece a una tipología altomedieval bastante escasa, ya que en Bizkaia sólo conocemos otros siete ejemplares.



 Vista general del coro.

La antigüedad de estos elementos físicos se ve reafirmada con la primera mención del barrio de Miotaco que data de mediados del siglo XI, y aparece en el documento fundacional del monasterio de San Agustín de Etxebarria del año 1053, acto en el que intervinieron un vecino del barrio (*Nunnuto Miotaco*) y su mujer Urraca, donando algunas propiedades.

El edificio actual, sin embargo, es posterior, ya que, como buena parte de las ermitas de Elorrio, se reconstruyó en el siglo XVI en estilo renacentista, a juzgar por su acceso en arco de medio punto. Sus muros de sillarejo definen un recinto sencillo de planta rectangular, iluminado por un vano de arco rebajado abierto en el muro sur, sobre el pequeño local adosado, y otro adintelado en la fachada principal. Una espadaña, seguramente barroca del siglo XVIII, de vano único y frontón triangular rematado en pináculos piramidales en los extremos y otro central, coronado por una esfera, se alza en el ángulo izquierdo de esta misma fachada.

En su interior, insertadas en la cubierta, sobre el altar, destacan varias tablillas ornamentadas con motivos



📷 Detalles interiores de la estructura y pinturas de la cubierta.



📷 Detalle de la cubierta.

geométricos, ruedas solares, discos radiados, flores hexapétalas... policromadas en blanco, rojo y negro, restos seguramente de un antiguo *zeru*. Aunque el repertorio es muy tradicional y recurrente, esos motivos y la gama cromática nos sugieren que podrían datar de la remodelación del edificio a principios del siglo XVI.

Esta cronología también puede aplicarse a la pieza que protege la aguabendiera dispuesta junto a la entrada, a modo de doselete. Se trata de un sillar con el intrados avenerado, sobre el que corre una moldura ondulada y un friso de "trebolillos" de cuatro hojas, culminando con un remate cupuliforme gallonado rematado en su base con una serie de arquillos trilobulados. Es una pieza muy fina e inusual y quizás fue



y con la izquierda la empuñadura de una espada rota cuyo extremo apoyaría sobre el busto del rey Majencio, igualmente coronado y con cetro, que asoma bajo sus zapatos de punta redondeada.

Al otro lado del retablo, hay otra imagen gótica, mucho más pequeña y de madera, que representa una Virgen en pie que sostiene al Niño Jesús. Aunque está muy maltratada y alterada por el paso del tiempo, parece datar del siglo XIV, siglo en el que la tipología de Virgen erguida con el Niño apoyado en su regazo empieza a ser habitual, conviviendo con las Andra Maris de disposición sedente más habituales

trasladada desde el interior, pues bien pudo haber servido para proteger una imagen en piedra de Santa Catalina, de la misma cronología, que hoy reposa sobre una ménsula dispuesta en el lado del evangelio del muro del presbiterio.

La imagen nos muestra a una joven princesa que toca su cabeza con una corona de crestería trebolada y peina unas guedejas sinuosas que resbalan por su pecho. Su rostro es ovalado, de expresión grave con la boca entreabierta, de la que cuelga el mentón prominente. Viste túnica de escote recto y talle alto, y un manto que envuelve su cintura, recogido en el antebrazo izquierdo. En la mano derecha porta la rueda dentada con la que se pretendió martirizarla



 Imagen de Santa Catalina.

en el País Vasco. Está tuvo que ser la imagen titular de la primitiva cofradía dedicada a la Virgen que ya aparece mencionada en un documento de 1514, lo que sugiere que la ermita respondía a esa advocación en un primer momento.

Así lo confirma la inscripción que figura en la portada del "Libro de cuentas de la hermita de nra sra de miota desde el año de noventa y cuatro adelante, 1594". La preservación de este valioso documento, rotulado con hermosa y cuidada caligrafía, fue posible en buena medida gracias a su encuadernación en pergamino, realizada "reciclando" un fragmento de un cantoral de esmerada letra gótica (seguramente del siglo XIII) lo que sin duda constituye otro punto muy notable a destacar en el patrimonio de esta ermita. Será uno de los más antiguos libros de contabilidad de una

ermita de entre los conservados en todo el territorio de Bizkaia, lo que supone una fuente verdaderamente inestimable de información al respecto de su historia, por la abundante información que recopila hasta 1735. Por esta razón convendría que fuese transcrito y publicado para un mejor conocimiento de la historia de Elorrio en un futuro próximo.

Sin embargo, para principios del siglo XVII, el titular había cambiado y era ya el apóstol San Bartolomé, pues así figura mencionada en la *Micrología de la Merindad de Durango* escrita por Gonzalo de Otalora en 1634. La inscripción que muestra la predela del actual retablo, enmarcada entre unas ménsulas adornadas con volutas vegetales, lo ratifica seis años después: "+ Sancte + Bartolomé / Ora pro nobis + 1640".



Portada del libro de cuentas de la ermita.



 Detalles en el interior de la ermita.



📷 Vista general del altar desde el coro.



📷 Imagen de San Bartolomé.

Este mueble es una sobria estructura de un único encastramiento de medio punto, delimitado entre un juego de dobles columnas de fuste estriado y capitel dórico, que sirven de apoyo para un entablamento ornamentado con alternancia de triglifos y metopas decoradas con rosetas. Sobre estos soportes reposa un tímpano partido, rematado en nuevas rosetas y enmarcado por afilados pináculos piramidales, en cuyo centro se alza una sencilla cruz.

La imagen del santo titular es una talla del apóstol evangelizador de la India, que lleva en la mano derecha la empuñadura del cuchillo con el que fue desollado, mientras que en la izquierda sostiene un libro cerrado, y una gruesa cadena que retiene la figura de un diablo recostado a sus pies sobre su espalda. El marcado plegado de su manto, que envuelve su cintura, y los sinuosos mechones de su barba y cabello, se ajustan bien a los parámetros de la escultura clasicista, primera fase del estilo Barroco en el que se encuadra este retablo.



 Frontal del altar de madera policromada.

Bajo el retablo se dispone un frontal de altar de madera policromada, adosado a su base, tal y como figuraría hasta el Concilio Vaticano II, cuando aún se celebraba la misa de espaldas a los fieles. Es una obra llena de encanto que muestra un campo central con una retícula de cuadraditos sobre fondo celeste, en cuya cúspide se inserta una decoración tallada y dorada de perfil arriñonado y con rocalla, característica del estilo rococó y propia de mediados del siglo XVIII. Por lo lados corren sendas gruesas cenefas que imitan caídas de bandas textiles y lucen delicada decoración floral sobre un vibrante fondo rojo conformando un agradable contraste de tonalidades.

Completa todo el conjunto un modesto ajuar en cuanto a la naturaleza de sus materiales, pero muy bien informado respecto a su diseño. Lo componen una sencilla lámpara votiva que sigue modelos del

siglo XVII, dos grandes candeleros de pie triangular dotado de costillas -en parte perdidas- y fuste estriado, y un precioso juego de sacras con abundante decoración de ráfagas y rocalla (estos últimos realizados en madera, y aquella en latón, pero todos cubiertos por purpurina plateada), rasgos que nos sugieren una cronología de la segunda mitad del siglo XVIII.

Con estas piezas culminamos nuestro recorrido por el patrimonio de esta sobresaliente y desconocida ermita de Elorrio, que bien merecía ser puesta en valor. Confiamos en que nuestro objetivo se haya logrado.

Jesús Muñiz Petralanda
Historiador del Arte